

UNA PANDEMIA  
SIN CIENCIA NI ÉTICA

Covid-19: fracaso sanitario,  
manipulación política  
y desastre socioeconómico

JOSÉ R. LOAYSSA & ARIEL PETRUCCELLI

Con la colaboración de:  
Juan Simó Miñana, Manuela Contreras García  
e Isabel Canales Arrasate

*Colección Casus Belli, 13*

**Primera edición:** Junio de 2022

© Ediciones El Salmón

**Título:** *Una pandemia sin ciencia ni ética*

**Subtítulo:** *Covid-19: fracaso sanitario, manipulación política y desastre socioeconómico*

**Autores:** *José R. Loayssa y Ariel Petruccelli*

**Diseño de la colección:** *Miguel Sánchez Lindo*

**Diseño de la cubierta:** *Mann & Tolstoi*

**Maquetación:** *Andrés Devesa*

**Revisión:** *Salvador Cobo*

**Impreso por:** *Kadmos*

**ISBN:** *978-84-125386-0-1*

**Depósito legal:** *M-14659-2022*

**Para pedidos e insultos:**

Ediciones El Salmón

C/Elda 18, bajo, 03012 Alicante

contacto@edicioneselsalmon.com

# Índice

## PRÓLOGO

Letalidad covid: baja del virus, alta de la sociedad, Juan Gérvas.....	9
---	---

## INTRODUCCIÓN

Dos años de pandemia y de gestión sanitaria fracasada.....	15
--	----

## I. UNA PRIMERA MIRADA A LA PANDEMIA.....23

Covid-19: la primera verdadera pandemia del siglo veintiuno.....	23
--	----

Del desconcierto al pánico, del pánico al extremismo sanitario.....	25
---	----

Premisas básicas de la gestión de la pandemia:

una catástrofe sin parangón.....	27
----------------------------------	----

Poniendo el impacto de la pandemia en perspectiva.....	29
--	----

La frontera del miedo, el miedo como frontera.....	32
--	----

## II. RADIOGRAFÍA DE LA PANDEMIA.....39

¿Qué medidas para qué pandemia?

Bases de partida para la respuesta sanitaria.....	39
---	----

Un virus con un impacto de enfermedad

y muerte considerable, pero muy selectivo.....	41
--	----

¿Pandemia o sindemia?.....	47
----------------------------	----

Cómo se transmite el virus y cómo controlar su propagación.....	48
---	----

La evolución de la pandemia:

un ciclo de sucesivas ondas epidémicas.....	51
---	----

Un virus que produce una poderosa inmunidad natural.....	57
--	----

Un virus en constante evolución adaptativa.....	57
---	----

Algunas controversias claves durante la pandemia.....	58
---	----

¿Es un virus natural o de laboratorio?.....	58
---	----

Muertes con covid o por covid.....	59
La definición de caso y los métodos diagnósticos. La pandemia de PCR+.....	61
Sintomáticos y asintomáticos.....	63
III. LA GESTIÓN DE LA PANDEMIA.	
CÓMO SE ESTRELLARON LAS MEDIDAS ESTRELLA.....	67
Las mascarillas: símbolo visible de la insensatez de la gestión pandémica.....	68
Los confinamientos: el primer gran fracaso.....	70
Pasaportes sanitarios: culminación del ataque a los derechos personales.....	74
IV. LAS VACUNAS: EL FIASCO EN CURSO DE OTRA MEDIDA ESTRELLA.....	
Entre una efectividad dudosa y efectos secundarios indudables.....	78
De la esperanza infundada a la decepción negada.....	85
Los efectos secundarios individuales y más allá.....	89
Vacunas: ¿sustituyen una causa de muerte por otra?.....	92
Más allá de los efectos secundarios individuales.....	93
V. LA CIENCIA UTILIZADA DE FORMA ACIENTÍFICA.....	
La ciencia acallada.....	97
Ciencia y expertos.....	99
El respaldo de <i>expertos</i> «convencidos» de antemano.....	99
¿Qué modelo de ciencia se defiende?.....	100
La medicina y la salud pública como ciencia aplicada.....	103
Ciencia no rima con censura.....	105
El abandono de concepciones progresistas e innovadoras en salud y política sanitaria.....	106
VI. LA INFORMACIÓN CONTROLADA:	
ARMA ESENCIAL DE LA ORTODOXIA COVID.....	111
Operación de guerra comunicativa reaccionaria: los <i>fact-checkers</i> .....	113
La inducción deliberada del pánico: el miedo como elemento central de la gestión de la pandemia.....	118
Los medios de comunicación en primera línea del frente.....	123
¿Una nueva religión? La ortodoxia, sus herejes y los intentos de intimidar y acallar al disidente.....	125

VII. CONSECUENCIAS Y EFECTOS COLATERALES DE UNA GESTIÓN DESAFORTUNADA.....	129
El naufragio: ¿de las UCI o de la atención primaria?.....	137
Un rebaño sin inmunidad.....	138
VIII. HERODES AL MANDO: NIÑOS Y JÓVENES VÍCTIMAS DE LA GESTIÓN, NO DEL VIRUS - Manuela Contreras García & Isabel Canales Arrasate.....	141
Confinamiento infantil y cierre de escuelas.....	142
La primera vuelta a las aulas.....	145
La segunda vuelta a las aulas.....	147
La vacunación infantil.....	149
Reflexiones y propuestas.....	152
IX. ¿HABÍA ALTERNATIVAS A LA GESTIÓN AUTORITARIA Y AL EXTREMISMO SANITARIO?.....	155
X. DESPUÉS DE ÓMICRON - Juan Simó.....	161
La evolución de la pandemia, entre la incertidumbre y datos tranquilizadores.....	161
¿Qué debemos hacer?.....	165
XI. LA DESMESURA: ESBOZO DE EXPLICACIÓN.....	169
Abordajes extremistas, pero no radicales.....	170
Precondiciones.....	173
Desencadenantes.....	181
Motores de la continuidad.....	186
XII. LA IZQUIERDA Y SU RESPALDO A LA «ORTODOXIA COVID».....	189
La protesta: ¿ausentes con aviso?.....	196
XIII. MÁS ALLÁ DE LA PANDEMIA. ¿LA SOMBRA DEL FASCISMO?.....	203
XIV. ¿Y EL FUTURO? EL MUNDO POR VENIR.....	215
NOTAS.....	221



PRÓLOGO  
Letalidad covid: baja del virus,  
alta de la sociedad

JUAN GÉRVAS

Estimado/a lector/a:

Usted va a exponerse a riesgos impredecibles al emprender la lectura de *Una pandemia sin ciencia ni ética*, pues sus autores explican sin piedad y sin pelos en la lengua los entresijos con que se ha gobernado a la población hasta humillarla, por ejemplo, haciéndole creer que la vacunación contra la covid-19 es un deber moral para defender a terceros o que las mascarillas son beneficiosas en toda condición.

El libro le hará correr los riesgos inherentes a la incertidumbre propia de la ciencia y de la ética, que han estado en caída libre ante la pandemia de covid-19, pero la incertidumbre es parte de la vida y los humanos sabemos manejarla para realizarnos en lo individual y social y ser felices en lo que cabe. Además, el texto tiene su parte de crítica pero también de propuestas alternativas, de forma que no le deja en el pozo del sufrimiento. Por ello los autores cumplen con la ética de la incertidumbre, que obliga a compartir transparentemente las dudas y limitaciones de las propuestas, y la ética de la ignorancia, que obliga a compartir la escasez de conocimientos y señalar con claridad lo mucho que desconocemos.

El capitalismo en que vivimos no tiene por fin la felicidad humana, sino el enriquecimiento de quienes manejan el poder, y suelen ser ya muy ricos. La pandemia de covid-19 lo corrobora, pues ha permitido un sobre-enriquecimiento de los ya riquísimos, una

«oportunidad» para acumular dinero y poder. Es simbólica, por ejemplo, la ausencia de participación popular en las decisiones durante la pandemia, la nula participación del pueblo y de la ciudadanía, ni agrupada (sindicatos, organizaciones vecinales, de familias, asociaciones tipo personas con sordera, agrupaciones de «manteros», asociaciones feministas, Médicos Sin Fronteras, asociaciones de usuarios de la sanidad, Cáritas, etc.), ni individuales de personas afectadas por la covid-19 y/o las medidas tomadas (infancia, adolescencia, ancianos reclusos en asilos, pacientes con covid-19 persistente, personas sin techo, prostitutas, desempleados, etc.).

La respuesta capitalista rechaza los saberes populares y sólo acepta los de los «expertos», que puede manipular a su antojo. Por ello se ha intentado revestir la respuesta a la pandemia como «fundada en la ciencia» pero ha sido lo contrario, como se analiza en este libro.

Lamentablemente, quienes sabían y podían debatir aportando alternativas y visión civilizadora optaron por el silencio, vistas las consecuencias personales y académicas de salirse del «pensamiento único». Buen ejemplo inquisitorial, analizado en el libro, es la actividad de los verificadores, sin que sepamos quién los controla y financia. Verificadores que se atribuyen el papel de «controladores de bulos», tipo Maldita, Newtral, Verificat y otros de las redes. Pero, por ejemplo, ¿quién controla a los verificadores de Facebook, Instagram, Twitter y otras redes sociales que de continuo cometen errores y rara vez los corrigen? Por ejemplo la censura sin ciencia ni ética de Facebook al considerar falsas las publicaciones en el *British Medical Journal* sobre los problemas del ensayo clínico de la vacuna covid-19 de Pfizer. O Twitter considerando erróneo el incremento de efectos adversos como el suicidio por la hidroxiclороquina. O Instagram anulando las menciones a las Revisiones Cochrane. O YouTube eliminando vídeos de John Ioannidis. Etcétera.

La censura de la libertad académica y científica no se ejerció ni ejerce por medios formales, al estilo de los países dictatoriales (leyes, reglamentos, castigos, multas, penas de cárcel, etc.), sino mediante un poderosísimo control social que logró acallar y silenciar cualquier disidencia.

¿El coste de los «atrevidos»? Ser incluidos entre los antisistema, antivacunas, terraplanistas, «contrarios», conspiranoicos, etc. Cabe citar entre tales expertos en la valiente resistencia, condenados al ostracismo, a Alan Cassels, Peter Doshi, David Healy, Tom Jefferson, Juan Erviti, Peter C. Gøtzsche, Iona Heath, Carl Heneghan,

John Ioannidis, Juan Irigoyen, Claudina Michael-Teitelbaum, Sergio Minué, Joan Ramón Laporte, Vinay Prasad y Allyson Pollock.

Fenómeno todavía más sorprendente es el silencio de la izquierda, aprobando con su tolerancia las políticas sin ciencia ni ética. El silencio, cobarde y atronador de salud pública, más llamativo e inconsecuente si de izquierdas. Como escribieron los autores de este libro: «Si la izquierda consecuente no saca lecciones de su incapacidad para postular un modelo alternativo en la gestión de esta grave crisis, el futuro será desolador». Visto lo visto, el futuro es claramente desolador.

De facto, la pandemia ha permitido el control de la libertad de expresión por las grandes corporaciones industriales privadas y convertir en normal dicho control de forma que se ha privatizado la libertad de expresión (que incluye la libre discreción de discrepar, equivocarse e incluso de mentir y de hacer propaganda, cuya difusión no puede quedar a criterio de grupos privados, sean empresas, científicos y/o periodistas).

La letalidad de la covid-19 se supuso alta (en torno al 3%) al comienzo de la pandemia, cuando se calculó a partir de los pacientes hospitalizados. Pero en realidad su letalidad es bajísima si se calcula correctamente, a partir de todas las personas infectadas.

En la población general ha sido y es baja la letalidad por la infección del SARS-COV-2, de un 0,23%, y si se analiza la mortalidad por edades, es del 0,05% en menores de 70 años y en los mayores es del 22%, especialmente si hay reclusión en asilos, multimorbilidad y/o polimedicación.

El problema no es tanto el virus como una sociedad enferma en que parece normal hacinar en morideros a los ancianos. De hecho, España era caldo de cultivo ideal, y el nuevo coronavirus se encontró un «ambiente» favorecedor y no sólo por los errores en la respuesta a la pandemia (más dolorosos por ser evitables), sino porque la sociedad es corrupta, la democracia es débil, el sistema sanitario ha sido diezmado con recortes inmisericordes, las residencias de ancianos son morideros, por el afán de lucro y la falta de control, el exceso de medicación es un mal nacional (y muchos medicamentos predisponen a sufrir neumonía y morir por covid-19) y la población es callada, sumisa y temerosa.

La mortalidad de los ancianos alojados en los asilos ha supuesto el 30% del total de los muertos por covid-19 en los países enriquecidos (en torno al millón de muertos). Para hacernos una idea, en las

primeras fases de la pandemia, la mortalidad en ancianos fue hasta 55 veces mayor entre los asilados que entre los que vivían en sus domicilios, demasiada para ser explicada sólo por variaciones de salud y de otra clase.

La letalidad de la covid-19 es baja por el propio virus, pero alta por la sociedad enferma con que se encontró. El capitaloceno, que está destruyendo el planeta Tierra, también destruye la dignidad de las personas, las expectativas sociales de realización, de equidad, de felicidad y de sano disfrute de la salud (con sus penas y alegrías).

En el caso concreto de la pandemia de covid-19 podemos hablar de malicia sanitaria. El término de malicia sanitaria se aplica a aquellas actividades preventivas, diagnósticas, terapéuticas o rehabilitadoras de dudosa utilidad para el individuo o la sociedad, pero que benefician a quienes las promueven o promocionan.

En España, la gestión de las respuestas a la pandemia del nuevo coronavirus (SARS-CoV-2) puede excusarse en sus primeros momentos, a comienzos de febrero de 2020, pero en la actualidad, dos años después, habría que pensar en malicia sanitaria y en pedir el procesamiento de sus responsables, por ahondar en una respuesta que ha llevado y está llevando a 1) no evitar ni muertes ni sufrimientos; y 2) a destruir la sociedad y la economía.

Pero no se fíe de este prologuista, estimado/a lector/a, lea el libro y fórmese su propia opinión.

Reciba un saludo de Juan Gérvas, licenciado y doctor en Medicina, médico rural jubilado, Equipo CESCA (Madrid), ex profesor de Salud Pública.

*Piu avanti*

*No te des por vencido, ni aun vencido,  
no te sientas esclavo, ni aun esclavo;  
trémulo de pavor, piénsate bravo,  
y arremete feroz, ya mal herido.  
Ten el tesón del clavo enmohecido  
que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo;  
no la cobarde estupidez del pavo  
que amaina su plumaje al primer ruido.  
Procede como Dios que nunca llora;  
o como Lucifer, que nunca reza;  
o como el robledal, cuya grandeza  
necesita del agua y no la implora...  
Que muerda y vocifere vengadora,  
ya rodando en el polvo, tu cabeza!*

Almafuerte



## Introducción

### Dos años de pandemia y de gestión sanitaria fracasada

Dos años después de su inicio formal, seguimos viviendo bajo el oscuro manto de la pandemia. La diseminación del SARS-CoV-2, así como su impacto en las personas, continúa ocupando el centro del discurrir de la vida social y política, y sólo la invasión rusa a Ucrania ha logrado desplazar al virus del espanto —tras dos años— de la primera plana mediática. Mientras redactamos estas líneas (febrero/marzo de 2022), los países del hemisferio norte, en especial Norteamérica y Europa Occidental, están bajo el impacto (ya decreciente) de una onda epidémica protagonizada por una nueva variante, ómicron, que ha tomado el relevo de la variante delta, aunque esta última todavía sigue produciendo casos en muchas regiones. A nivel global, con diferencias según los países y con tendencias y contra-tendencias, se acumulan indicios de que estamos entrando en el intento de dar paso a la finalización *política* de la pandemia.

La presumible menor virulencia de la variante ómicron parece estar ayudando a que los gobiernos (y los medios de comunicación) apuesten por disminuir la trascendencia diaria de la pandemia. No es difícil, si existe la voluntad política de hacerlo, terminar *políticamente* con la pandemia: basta con poner fin a su omnipresencia en los medios, y dejar de contar diariamente el número de fallecidos que presentan un PCR+ (como ya ha hecho en la práctica el gobierno español). También se ha decidido dejar de contar los casos leves y asintomáticos para aplanar, esta vez sí, las curvas, al menos sobre

el papel<sup>1</sup>. Todo ello ayudará a poder levantar las restricciones absurdas que todavía persisten, y normas injustificadas como el enmascaramiento de las personas.

Es necesario poner fin al discurso de un virus amenazante que nos acecha a todos en cualquier lugar, y que está presto a llevarse la vida de miles y miles de personas de cualquier edad y condición: esa no es la realidad, ni lo ha sido nunca. Esa percepción aterradora —una amenaza omnipresente e indiscriminada—, producto de una propaganda mistificadora, es el principal combustible que ha alimentado la pandemia y sus efectos durante meses y meses. En los dos últimos años, las noticias presentaban diariamente, casi sin excepción, los peores escenarios. El foco se colocaba siempre en los países que atravesaban una situación crítica: cuando su situación sanitaria mejoraba, desaparecían sin más de los titulares, cuyo sitio era ocupado por otro caso con peores indicadores. De este modo la sensación generada era la de una situación catastrófica permanente. Es imprescindible acabar con esta sensación apocalíptica completamente injustificada.

La finalización *política* de la pandemia, con todo, no se identifica con su finalización *sanitaria*. En el momento de escribir estas líneas, China acaba de confinar una ciudad de 9 millones de habitantes<sup>2</sup> y Nueva Zelanda experimenta la tasa de mortalidad covid por 100.000 habitantes más alta desde el principio de la pandemia. Lo mismo sucede en Hong Kong y en Corea del Sur. Son algunos de los países que apostaron con más saña por la estrategia *zero covid*. La pandemia, pues, continúa, pero en términos sanitarios nunca tuvo el alcance apocalíptico que se le atribuyó, y que justificó una batería de medidas tan innecesarias como nocivas dirigidas al conjunto de la población, en lugar de adoptar medidas dirigidas, como hubiera sido sensato, al pequeño porcentaje de población vulnerable.

Un problema fundamental a la hora de analizar la crisis del coronavirus es que resulta harto difícil determinar si los efectos de mayor alcance y el impacto más negativo experimentados en los dos últimos años han sido consecuencia de la expansión del virus, o el producto de las medidas que se tomaron para detenerlo (sin haberlo conseguido). Como mostraremos con cierto detalle en las páginas que siguen, la situación sanitaria de 2021 no ha sido mejor que la de 2020 (a escala global ha sido peor). Y a esto hay que agregar un elemento no menor: a estas alturas del partido, la pandemia de covid-19 es la epidemia mundial de virus respiratorio de duración más prolongada en los últimos 150 años. Habría que preguntarse por qué.

Es difícil hacer un pronóstico preciso de la evolución de la covid-19, pero algunas líneas maestras se perfilan con cierta claridad. Toda la comunidad científica da por hecho que el virus seguirá circulando y causando víctimas, como lo hace el resto de los virus respiratorios, en especial la gripe. Ahora ya todo el mundo reconoce aquello que los gobiernos se negaron a aceptar durante demasiado tiempo: que el SARS-CoV-2 se volverá endémico. No se descartan ondas que —se presume— no serán de la magnitud de las que hemos sufrido al comienzo, en particular la onda inicial o la provocada por la variante ómicron. Pero el futuro es siempre una incógnita, sobre todo si se trata de la evolución de un virus y una enfermedad de los que se ignoran todavía muchos aspectos.

Para complicar el panorama, nos enfrentamos a una considerable «niebla pandémica»: es difícil cuantificar los casos (muchos PCR+ han sido falsos positivos), y también el número de muertos: es casi imposible determinar cuántos podemos poner en la cuenta del virus directa o indirectamente, y cuántos, por el contrario, han sido muertes incidentales con una PCR+. Tampoco se puede cuantificar con precisión el número de decesos que son consecuencia de las medidas que se han tomado. Pero hay un incómodo dato que no se puede ignorar: del exceso de mortalidad global en los dos últimos años, apenas la cuarta parte corresponde a decesos atribuidos a covid. Lo cual plantea un interrogante obvio: ¿De qué murieron las tres cuartas partes restantes? ¿Ha habido un subregistro de decesos por covid? ¿O las medidas adoptadas han provocado un mortalidad semejante o incluso mayor que la del propio virus?

Ya no hay ninguna duda razonable sobre el fracaso completo de los confinamientos y las restricciones sociales que constituyeron el centro de la política sanitaria en la mayor parte de los países: la cantidad de estudios científicos que concluyen en su escasa e incluso nula eficacia para detener la transmisión es abrumadora<sup>3</sup>. Es algo que no debería sorprender, dado que la propia OMS consideraba en un documento oficial de 2019<sup>4</sup> que no había indicios de que las medidas no farmacológicas de distanciamiento social no selectivo fueran efectivas para evitar la transmisión de virus respiratorios en fase epidémica. Sin embargo, se ha recurrido a estas medida una y otra vez (aunque con intensidad variable, es verdad, y en general menguante), y la posibilidad de nuevos confinamientos ha permanecido como la eterna amenaza, algo que se está volviendo a comprobar.

También ha quedado demostrada la ambigüedad, o el carácter al menos dudoso en sus efectos concretos, de la única noticia que era presentada como positiva: el aumento de la vacunación. El número de vacunados no ha dejado de crecer, pero el exceso de mortalidad no disminuyó (y ha tendido a aumentar). Puede observarse un descenso de los muertos atribuidos a la covid-19, pero no un descenso de la mortalidad por todas las causas. Las vacunas contra la covid parecen haber resultado más efectivas para *cambiar* la causa de muerte, que para *reducir* la tasa de mortalidad. De hecho, con la vacunación se produjo una curiosa inversión: se convirtió a un *medio* en un *fin* en sí mismo. Así, se festejaba y se sigue festejando a rabiar el aumento de las dosis, mientras se ignora supinamente que el número de vacunados no impacta de manera clara y positiva en la situación sanitaria. Aunque cueste creerlo, ciertos hechos son imposibles de desmentir: en 2021 el exceso de mortalidad fue mayor que en 2020.

En resumen: las intervenciones masivas e indiscriminadas, enfocadas al conjunto de la población, no han conseguido eliminar el virus (un objetivo declarado de algunos Estados, e implícito en muchos otros); no han moderado su expansión de manera considerable (como demuestra la comparación de países con o sin confinamiento); en el mejor de los casos han logrado reducir muy poco la mortalidad por covid; y no han conseguido disminuir la mortalidad por todas las causas, que aumentó en 2021 y no parece estar descendiendo claramente a nivel general en el primer trimestre de 2022\*.

Con las vacunas se dio continuidad a la estrategia *indiscriminada, autoritaria y carente de transparencia* que ha caracterizado la respuesta a la pandemia desde sus primeros meses. La onda ómicron, de una magnitud considerable, se ha producido un año después de que los gobiernos anunciaran a bombo y platillo que disponíamos de vacunas con una efectividad de más del 90% y una seguridad casi absoluta. Esas vacunas fueron presentadas bajo la promesa de ser la solución final a la pandemia, lanzándose una campaña sin precedentes de vacunación universal: un verdadero experimento global dado el alcance cuantitativo de la vacunación, el carácter experimental/provisional de los productos empleados y la utilización en la mayoría de los casos de una tecnología nueva y no probada.

---

\* Hasta finales de marzo de 2022, el exceso de mortalidad de los países que reportan a Eurostat se mantenía por encima de los niveles prepandémicos, ubicándose por debajo del exceso de 2021, pero por encima del registrado en los mismos meses en 2020.

El carácter de *experimento global* no es una exageración «conspiranoica»: es la definición que empleó una figura tan autorizada como Laporte Roselló, y nada menos que en la Comisión Parlamentaria española a la que fue invitado en su condición de experto en farmacovigilancia. La campaña vacunal se basó en promesas sin fundamento y con un respaldo en ensayos clínicos, como poco, dudoso. No se aceptaron cuestionamientos cuando hicieron acto de presencia las dudas y la resistencia a recibirlas de una parte de la ciudadanía. Ante la confirmación de algunos temores de que una tecnología sin suficiente experimentación podía ser peligrosa —como la aparición de una plétora de efectos secundarios, muchos de ellos graves—, se respondió con la intimidación, la coerción y la manipulación informativa. La promoción de la vacunación se basó en la manipulación emocional: «vacúnate para proteger a los mayores»; falsas seguridades: «casi no provocan efectos colaterales»; *sutiles* presiones como los pasaportes o pases sanitarios; o descaradas intimidaciones, como la vacunación obligatoria impuesta para algunos segmentos laborales en muchos países\*. La información veraz, el consentimiento informado y la libertad de elección fueron arrojados a la hoguera por el extremismo sanitario.

En ningún momento se ha llevado a cabo un balance evaluativo de las medidas adoptadas: ni en el plano de su incidencia en la reducción de contagios y decesos por covid-19, ni en lo que respecta a las consecuencias en relación a otras enfermedades, la vida social, la salud psicológica, la educación, el empleo o la economía. La razón de esta falta de evaluación oficial es evidente: se trata de un balance impresentable.

Los gobiernos y las instituciones que han respaldado su estrategia pretenderán pasar página: olvidar los errores, o presentarlos como deficiencias inevitables en el contexto de la urgencia de una «pandemia mortal sin precedentes». Habrá incluso quienes seguirán intentando presentarlos como aciertos. En este libro queremos llevar a cabo un balance abierto y necesariamente incompleto de unos acontecimientos que marcaron la vida de la sociedad humana durante dos años, y que dejarán una profunda huella en el futuro.

Mantenemos que ha sido una gestión desafortunada —como poco—, llena de medidas ineficaces y dañinas. Medidas, además, que fueron tomadas de forma injustificada, dando la espalda al

\* En el caso de Italia, el caso es aún más grave: todo trabajador, empleado o por cuenta propia, *debe estar vacunado*.

conocimiento científico (aunque la propaganda oficial insista en que todo se hizo «siguiendo a la ciencia»). La gestión de la pandemia ha estado fundamentada más en razones políticas que sanitarias, a pesar de la demagogia sobre el objetivo de «salvar vidas». Se ha recurrido a maniobras político-represivas y mediáticas que no podían más que producir (se haya buscado deliberadamente o no) el sometimiento de la ciudadanía, la sumisión masiva y la infantilización de la población. Se ha desarticulado a la sociedad, dividiendo y polarizando a la ciudadanía, potenciando el individualismo y la obediencia ciega. De paso, se ha facilitado que las grandes corporaciones —con su vocación carroñera—, se beneficiaran de esta tragedia como se benefician de todas. El mundo sale de estos dos años con graves secuelas, con cicatrices que muy difícilmente desaparecerán. Se han puesto más nubarrones negros en un futuro que, ya antes de la pandemia, no se presentaba demasiado halagüeño.

Este libro da continuidad a lo que escribimos hace un año en *Covid-19: la respuesta autoritaria y la estrategia del miedo*. Esa obra tuvo como puntal fundamental a Paz Francés, una jurista que por razones personales no ha podido acompañarnos en esta ocasión, aunque sí nos haya alentado moralmente. Reivindicamos plenamente lo que publicamos entonces. Podríamos hacer precisiones aquí y allí, pero las tesis fundamentales de ese libro siguen vigentes.

En *Una pandemia sin ciencia ni ética* comenzaremos con un repaso panorámico a la pandemia, las líneas generales de su gestión y una primera aproximación a las consecuencias de la estrategia de respuesta elegida por la gran mayoría de los gobiernos, unos gobiernos que han sido respaldados por las corporaciones dominantes en el sistema económico, en especial la «Big Pharma» y las empresas virtuales y tecnológicas. Ese respaldo ha sido compartido por las instituciones sanitarias internacionales y las organizaciones de la profesión médica, que en la práctica dependen tanto de los gobiernos como de la Industria Farmacéutica.

A continuación llevaremos a cabo una descripción más concreta de las características de la pandemia y su gestión sanitaria. Si bien en esta obra no entraremos en excesivos detalles, se proporcionarán las referencias para que quien así lo desee pueda hacerlo. Mostraremos qué es lo que se hizo y no se hizo, y expondremos qué es lo que, desde nuestra perspectiva, se debería y podría haber hecho o dejado de hacer.

Dedicaremos especial atención a los grandes fracasos desde el punto de vista de la gestión desarrollada por los gobiernos. Estudiaremos las estrategias discursivas que se emplearon, así como el impacto que tuvieron. Analizaremos críticamente el posicionamiento de las principales fuerzas de izquierda, que las llevó a acompañar con muy pocas críticas la gestión capitalista de la crisis sanitaria. Ofreceremos una explicación de las causas y razones que llevaron a una reacción sanitaria tan desastrosa, evitando todo tipo de «teoría conspirativa». Por último, exploraremos las consecuencias a futuro que ha dejado la crisis pandémica.